

Aurora Venturini

LAS MARÍAS DE LOS TOLDOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AURORA VENTURINI
LAS MARÍAS DE LOS TOLDOS

TUSQUETS
EDITORES

Escudriña las matas del pastizal, la criolla, natural de Los Toldos, que es una zona melancólica gris perla, perfumada de todos los aromas que cualquier pituitaria segregaría al destapar cualquiera de los frascos de perfume que hay en los almacenes de Junín, y hasta de Chivilcoy, zona ubicada a 280 kilómetros de la Capital Federal de la República Argentina. Palpa doña María Muñiz Coliqueo la suavidad arisca del tallo y la flor, la promisoría madurez del cogollo algo espinoso que no mella sus manos oscuras y endurecidas las palmas por el trabajo brutal al que se vio constreñida, adherida, desde que una india mapuche la arrancó de las entrañas de su madre, cuyos gritos, dicen, se oían a varias leguas a la redonda, tan peluda doña María había venido al mundo, y áspera como la flor del cardón. “No me acuerdo de mi madre... Cómo podría ser, si ella murió para que yo viviera”.

Cuando salió del oscuro agujero materno, sacrificio del cual pensaba “no valía la pena”, la madre,

una india pura, lanzó aullando como loba parida la maldición: “Mierda de criatura que me arranca tripas y todo... ojalá te mueras”. Así recibieron al bebé de barro cocido, vaya manera. Ocurre que la mamá india no quería morir porque estaba casada por Iglesia, integrada a lo menos miserable de la toldería, y además, por suerte ya viuda, ya que su marido, un vasco carrero, la embarazó sin llegar a conocer “eso” que, según sus últimas palabras, la había asesinado.

Hace un alto de trabajo en el yuyal doña María y recuerda decires de por ahí donde aseguran que su padre, Santos Muñiz, fue un buen hombre vasco y peón en la estancia de los Oría, y para sí misma refunfuña: “De no ser por mí, todavía estarían vivos y felices. Pero el viejo no murió a consecuencia de mi nacimiento, sino de fatiga al corazón que diagnosticó el médico cuando ya estaba en el cajón”. La intuitiva hembra suspira: “Si ya estaba muerto, ¿cómo podía saber que sufría del corazón?”. El viejo murió reventado como un animal de carga para ganar unos pesitos... “Cómo me hubiera gustado conocerlo”.

Palpa, huele, mastica, escucha el latido de las plantas, les habla quedito: “Esta va para el reuma, esta para el dolor de cabeza y de oídos; para el sufrimiento de muelas; de ojos; de escoriaciones; de amor; para empachados; para engualichados; tísicos; asoleados”. Por algo la llaman la Médica. Llena sus dos bolsas y, como ya oscurece, regresa al rancho

que ella misma construyó “con maderita y paja de por aquí nomás”, cuando se independizó a los doce años de su madrina Mariana Lebu. Y va subiendo como un caracol, huella en el barro de la cuesta arriba, y ya ve el rancho que aparece pintado en el disco solar rojo antes de ocultarse, y ante la luna de espectro descarga con un “¡ay!” los bultos, y se sienta a fumar un cigarro de chala.

El ranchito pega de espalda al toldo vecino de la hija de su madrina, la Marianita Lebu, madre de abultada prole, “qué basura de chiquilines, debiera mandarlos a la escuela”, pero cómo los va a mandar si carecen de alpargatas y la escuela queda demasiado lejos para ir en pata, y hasta un caballo se fatigaría si los llevara a la de Junín, donde además los hijos de los vascos los embromarían con pullas y pavadas, y la cosa terminaría muy mal porque los chinitos no son fáciles de arriar y más de uno carga cuchillo, y por eso es mejor que todo siga así... El familión de Marianita aumentará a medida que por ahí pase alguno con ganas, que a ella nunca le faltan, “nunca la vi sin panza a la cochina. Qué basura de chiquilines”.

Trapos colgados flamean al viento bravo que tal vez traiga agua o quede en viento, o se amaine en brisa, en chaparrones, como ocurre con las cosas de la vida.

La Médica tiene una hija fruto de un amor de juventud que la envejeció de pena porque ella lo quería al vasco que cuando notó el bultito la abandonó. La hija lleva su apellido y, gesto de generosidad de la madre, el nombre de pila de él, en femenino, claro: Isidra. La chica ahora va al Corte y Confección porque María Coliqueo tiene planes. Le hubiese gustado que estudiara magisterio, pero ¿cómo iba a ir una hija de india al Normal?... La habría perseguido el mismo prejuicio que a los chiquilines de la Marianita Lebu.

Fuma la doña y, cuando ha descansado las piernas abiertas para que el viento la refresque adentro, con dificultad se levanta y se mete en el rancho prolijo de tan bien apisonada tierra que si quiere hasta puede lavar a balde. Un fogón con la carbonera abajo y una leñera de paja le aseguran calor y comida, porque la Médica gana bastante y sus buenas panzadas de locro, carne asada y mate con tortas se prodiga cuando le da la gana, amén de los

regalos de los pacientes que consisten en exquisi-
teces. Pero un día a la semana no come ni toma agua,
ayuna para que el milagro que pidió a Dios y a los
dioses se le cumpla, no importa el tiempo que tarde
la milagrería, ella es paciente. Un solo temor la asalta,
y es que la muerte llegue antes, pero la tierra a la que
adora más que a las santidades de la Iglesia habrá de
nutrirla, porque no sería justo tanto trabajo de des-
velo, brujería, si su Isidra y su mágica descendencia
no se vieran en el lugar en que la imaginación de la
Médica las ubicó.

Isidra ya no vive con ella, vive en la estancia de
los Oría porque la academia de Corte y Confección
le queda cerca, pero además, porque los modales
que aprende de los copetudos le serán indispensa-
bles en el futuro. Isidra es demasiado bonita, una
belleza que nada heredó de María Muñiz Coliqueo,
porque es el vivo retrato de su padre, pelo castaño
claro, ojos azules, facciones que se le van afinando
año tras año y el talle “de artista de Buenos Aires”,
según comentan las viejas chusmas. Todo ello des-
vela al corazón de la madre. Los niños Oría, cuatro
varones y dos niñas, la han avisado, y tanto que
casi no viene al rancho, “creo que la ven como otra
hermana... Con tal que no me la embaracen antes
del casorio”.

Tiempo del Partido Conservador y del caudillo
paternal cuando los años cuarenta con sus revo-

luciones todavía ni siquiera están en los sueños de nadie. La Isidra pasea con las Oría por la plazoleta del centro y, como hay un cine, van a ver películas del Gato Félix porque la madre no quiere que aprendan cosas de amoríos en la oscuridad y después se les ocurra practicarlas. No obstante, hay que decirlo, los Oría tratan con cierta reserva a Isidra. La prueba está en que no la anotaron en la Normal como a las suyas y la hacen comer con la servidumbre de la estancia. Pero, aun así, el chinaje la llama “niña” porque el hecho de salir con las verdaderas niñas le otorga esa jerarquía.

Cuando la obligan a visitar a la madre, empilcha con lo mejor que tiene, que son los vestidos que ya no usan las Oría, y mira desde arriba levantando la nariz como ha visto que lo hacen sus benefactoras. Eso que mucho duele a María Muñiz es disimulado por la herencia Coliqueo, sangre orgullosa aunque despreciada por el grupo invasor de vascos y gallegos que han hecho mucho por Junín pero poco por Los Toldos, que es todo breñal, animales sueltos, salvo algunas pequeñas estancias que no ocupan a los indios. Ahí no hay ninguna esperanza para quien desee salirse del olvido y ser algo, alguien, como Isidra, que cuando se le da la ocasión sonríe al mayor de los Oría que le lleva cinco años y ya está destinado a estudiar en Buenos Aires.